

<https://doi.org/10.53971/2718.658x.v16.n26.47193>

## La belleza del escombro

Perilli, C. (2024). *El almirez* (123 pp.). Buenos Aires: Corregidor

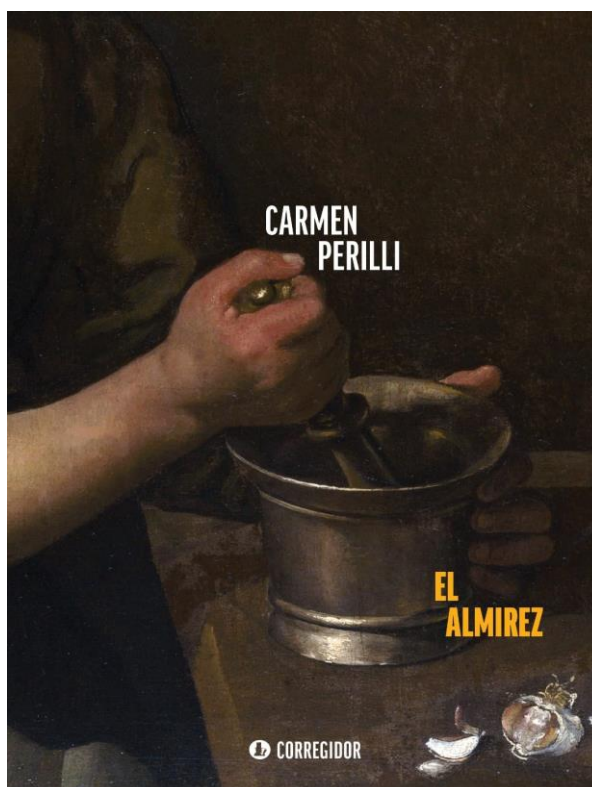
**Oscar Martín Aguirrez**

Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos  
Universidad Nacional de Tucumán, Argentina

[martin.aguirrez@filo.unt.edu.ar](mailto:martin.aguirrez@filo.unt.edu.ar)

Orcid: 0000-0001-6228-0480

Recibido 6/08/2024



Leo *El Almirez* y veo la belleza del escombro. Las piedras de una vida se amontonan sobre las veredas de una ciudad que a veces es San Miguel de Tucumán, otras Medinas, otras Concepción, otras Monte Bello, pero siempre es Aguilares, esa ciudad del



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional.

*Recial* Vol. XV. N° 26 (Julio-diciembre 2024) ISSN 2718-658X. Oscar Martín Aguirrez, La belleza del escombro, pp. 242-245.

sur tucumano, la ciudad de las avenidas. Leo *El Almirez* y detrás de esa palabra nueva para mí (del árabe clásico *mihrás*, machacar) resuena un cascajo. Carmen Perilli lo sabe, sabe que ha escrito un libro con ritmo de cocina para moler las especies, las historias, triturar el tiempo y demoler edificios. Sabe que machaca, pulveriza la escritura para ofrecernos a través de ella la belleza de la ruina, eso tan conmovedor que sentimos al observar cómo una estrella se va muriendo.

Porque uno podría decir fácilmente que *El almirez* recupera la historia de Julia Jabib, madre de Carmen, y con ella la memoria familiar tejida por abuelas, bisabuelas y tías. Uno podría decir sencillamente que el libro es una retrospectiva que surge de los últimos años de vida de Julia Jabib: una madre contando a sus hijas su pasado, su delgado presente, la trama familiar emergiendo ante la inminencia de la muerte. O sólo quedarse en la gravitación de las palabras “biografía” / “autobiografía” que circunscriben la escritura a los eventos circunstanciales y caprichosos de una vida. Y, sin embargo, toda esa hojarasca no le hace justicia al libro. No dialoga con la búsqueda estética de su autora. Ella misma dice en el texto: “Cuántas historias mueren cuando alguien muere. Apenas logramos atrapar jirones de sus voces para rehacerlas. Solo una leve huella de vidas cada vez más evanescentes” (2024, p. 13). Este libro es el intento por rehacer voces, asir jirones, convocar a lo evanescente, hacer hablar a las piedras para que la muerte no avance sobre el ropero cargado de historias.

Las manos que molían el almirez ahora escriben un libro que es muchos libros: es bitácora de viaje, registro de una voz, memoria familiar, ficción de archivo, cartapacio de citas textuales, diálogo con la madre, diálogo con la literatura, cuaderno de familia inconcluso con la crónica de la tribu, prosa poética, poesía en la prosa, ecos de recuerdos, piedra filosa, un conjunto de piedras de borde irregular que se detiene en la incomodidad de las ruinas.

Y es aquí donde me quiero detener en este texto. En el cascajo, en la potencia de una escritura que hace de los escombros, de esas piedras menudas que se quiebran, que se caen del edificio, una propuesta estética, un modo desafiante de contar. “Vine a Comala [perdón, a Aguilares] porque me dijeron que acá vivía mi padre [perdón, mi madre], un tal Pedro Páramo [perdón, una tal Julia Jabib]”. La fuerza de la escritura de Perilli nos vuelve al relato maestro latinoamericano (que ella conoce muy bien): si el texto de Juan Rulfo se cierra con un golpe seco sobre la tierra y el patriarca desmoronándose como si fuera un montón de piedras, *El almirez* recoge las piedras del edificio que construyó Rulfo, las amontona, arma con ellas la ruina de la madre y se detiene a escuchar los sonidos previos al derrumbe. Porque este es un libro hecho de fragmentos, tejido con las distorsiones del oído, zurcido con historias que van y vienen en el tiempo, trasegado de recuerdos, alimentado de ficciones. Son los murmullos convertidos en una maquina escrituraria, es la belleza de lo que se quiebra, de lo que se desmorona lentamente y reverbera en la superficie textual.

Estamos en el club. El domingo a la siesta mi madre con ojos tristes pregunta por la muerte de la hermana. Le contamos que está con los abuelos en el cementerio. De golpe se detiene y nos cuenta: “ahora pienso a dónde me enterrarán a mí”. Aunque queramos, no podemos hablar.

Tres hermanas, el número mágico. Ahora queda solo una. Todos sabemos que las próximas partidas son cuestión de tiempo. Es el tiempo el que nos lleva. Aunque cada día nos dé una suerte de ilusión de eternidad, el



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional.

desgaste está marcado en las pieles, en las miradas, en los movimientos y sobre todo en los ojos que dejan traslucir el cansancio del solo vivir.

Mi madre está cada vez más callada. Se desconoce con las palabras y se enoja por no encontrarlas. La vida de los otros, aun de los que ama, se aleja cada vez más de su horizonte (2024, p. 105).

La cita es significativa porque las operaciones discursivas allí presentes resuenan y se expanden en el resto del libro. En primer lugar, la reconstrucción de la voz de la madre en diálogo funciona como un modo de suturar el conflicto con las palabras. Si la madre cada vez más se desconoce con la lengua y la amortigua en el silencio, la narradora repone ese hilo de voz en interacción incesante. No se trata de la palabra monolingüe e inmóvil sino de la lengua siempre en movimiento. Hilachitas de voces que cobran vida en diálogo con el presente, movimientos mínimos de un cuerpo que exhala retazos de anécdotas y que emergen en instancias de intercambio comunicativo. Como si se quisiera auscultar cada reverberación del monumento en pleno derrumbe, el libro es una búsqueda de lo vivo dentro de lo estático, el registro de la memoria de un sonido (el habla materna) en disputa con el silencio de la muerte. Esa comunicación con la madre se refuerza y se expande en diálogo con la literatura. Los fragmentos del texto se imbrican con rastros lectores. Circulan las voces de Myriam Moscona, Manuel Scorza, Teresa Leonardi Herrán, Sylvia Molloy, Alejandro Zambra, Tamara Kamenszain, entre otros/as; todas se machacan en el almirez y acrecientan el fuego de lo vivo. El archivo literario ingresa como un modo de hacer comunidad: hay que convocar a la literatura para que interactúe con el cuerpo en ruinas de la madre y, en ese diálogo, la música materna potencie su arullo.

En segundo lugar, la cita expone una constante de *El almirez*: el golpe rotundo sobre los deseos. La disolución del número mágico (las tres hermanas) pone en evidencia el conflicto con el tiempo. Esa tensión se evidencia a nivel textual en el doble uso de una estructura sintáctica introducida por el concesivo “aunque”: “Aunque queramos, no podemos hablar”; “Aunque cada día nos dé una suerte de ilusión de eternidad, el desgaste está marcado en las pieles, en las miradas...”. Es que la conjunción concesiva es ese intento fallido por unir el presente con los deseos expresados en subjuntivo. Quiero concederle al otro lo que necesita e inmediatamente irrumpe un obstáculo que lo impide. La concesión es el golpe de lo irremediable, de lo real, sobre el deseo potencial, un golpe que en el libro de Perilli se traduce en marchas y contramarchas entre la vida y la muerte. El deseo irrumpe en el texto, por momentos, de la mano de los sueños. La voz narradora sueña encuentros vívidos con su tribu, conversaciones imposibles con los muertos de la familia que desembocan en un presente diurno atorado en los ojos tristes de la madre. Lo mismo sucede con algunas escenas con flores: las manos verdes de la madre resucitan las camelias y las santarritas, al mismo tiempo que esas mismas manos se convierten en ramas frágiles, vulnerables, que ceden ante el inevitable proceso de deterioro. Son golpes, como los de Cesar Vallejo, tan fuertes que replican el “aunque” y que sumergen al lector en eso tan delicado llamado conmoción.

La madre se conjuga una y otra vez en el libro y se multiplica en murmullos. Por definición el murmullo es ese ruido continuado y confuso de las cosas, es esa voz desgastada que oscila entre zonas de lenguaje inteligible, zonas de silencio y bordes intraducibles. El libro de Carmen Perilli se mueve entre esos espacios. Navega los intersticios de la lengua de la madre a medida que ella va deviniendo ruina. Los fragmentos textuales capturan momentos de ternura que se combinan con bordes



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional.

peligrosos que generan incomodidad, mueven a la pregunta o la reflexión; en el medio nos cruzamos con relatos ficcionales que hacen uso del audífono de la madre para convertir el recuerdo en literatura.

Las ruinas nos generan incomodidad porque viven en un estado liminal: en ellas late el pasado (lo que fue), el presente (su realidad de escombros) y el futuro (las ruinas son pura supervivencia, lo que vendrá está en potencia en cada una de sus partes). *El Almirez* es un texto poderoso porque trabaja esta dimensión conflictiva no solo desde la vejez. El tiempo se detiene y se cuenta a partir de los gestos del cuerpo de la madre que poco a poco se transforma, se ovilla, se arquea, enflaquece y se escapa del presente para quedarse cada vez más en el pasado, afincarse en el jardín y hacer el viaje a la semilla primigenia. Ella se vuelve cascajo, escombros, ripio, en el que la narradora se sumerge para reescribir geológicamente la memoria familiar y echar a andar de nuevo los imaginarios del territorio aguilarense, del sur del norte. Dice Cristina Rivera Garza sobre los autores contemporáneos que reescriben el pasado:

Lejos de ser un gesto nostálgico, que sueña con un pasado en que todo fue mejor, estos autores testerean y remueven, cortan y entremezclan, haciendo, en fin, todo lo posible para abrir esa grieta en el presente por donde irrumpirá, con toda su potencia crítica, el pasado que pervive bajo nuestros pies o vuela en la atmósfera junto con el aire que respiramos. El que reescribe geológicamente inacaba el pasado: no confirma el estado de las cosas, sino que las interroga; no perpetúa los vectores del poder, sino que los desvía (2022, p. 15).

El cuerpo de Julia es muchos cuerpos, ella se ensancha para no dejar de contar historias, para que en ella pervivan todos los tiempos, los de su abuela, los de sus primas, los de sus hermanas, inclusive los de sus hijas. Ella es un almirez que sigue sonando en los oídos de las próximas generaciones. Sin embargo, ese cuerpo multiplicado en piedritas abre la grieta incómoda del mutismo de los varones. Perilli interroga el estado de las cosas y al hacerlo pone en evidencia que en la atmósfera que respiramos sobrevuela el silencio de los abuelos. Sorprende ese descubrimiento porque impacta directamente en el pecho de quien lee. Imposible que no se genere la pregunta por esas lenguas paternas cercenadas de historias. ¿De qué raíz nos agarramos para arrebatarle al patriarcado esas bocas mudas y llenarlas de flores?

Leo *El Almirez* y veo la belleza del escombros. La más íntima de las ruinas son los huesos. Carmen Perilli nos ofrece un libro que cala en los huesos; agradezco la lectura, la generosidad de un texto de gran conmoción y la literatura, siempre, como tierra fértil abierta al diálogo y a más libros.

### Referencias bibliográficas

Rivera Garza, C. (2022). *Escrituras geológicas*. Colección La Crítica Practicante. Ensayos latinoamericanos. Madrid y Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional.

Recial Vol. XV. N° 26 (Julio-diciembre 2024) ISSN 2718-658X. Oscar Martín Aguirrez, La belleza del escombros, pp. 242-245.